

El espacio y lo político: una geografía de la legitimidad social*

Jacques Lévy**

Résumé / Abstract

Malgré la résistance de la géographie classique française au politique, un champ s'est peu à peu développé dans les travaux anglosaxons, qui ont longtemps minimisé les conflits intérieurs aux États. Il convient aujourd'hui de bien distinguer la *géographie du politique*, qui s'intéresse à la manière dont les forces sociales internes cherchent à recevoir consensus et légitimité de la part des citoyens, de la *géopolitique*, qui traite des conflits – presque toujours marqués par les logiques militaires – entre États, pour la domination de territoires. Dans le cas de la géographie du politique, l'espace peut constituer une grille de lecture de la fonction politique, non pour ajouter un «facteur» supplémentaire à ceux que l'approche statistique a déjà identifiés, mais pour démontrer les logiques des processus. Cela permet notamment de relier deux plans habituellement disjoints, celui de la représentation et celui de l'exercice du pouvoir. On peut enfin comparer les espaces politiques aux autres espaces sociaux et tenter ainsi d'évaluer la contribution du politique au mouvement des sociétés.

* * *

In spite of the resistance of French classical geography to politics, the field has been gradually explored by Anglo-Saxons, whose works minimized, for some time, internal conflicts of the state. Today, one must push forward and clearly distinguish between *geography of the*

* Traducido del original francés por Lluís Riudor.

** *Espaces-Temps*, CNRS/Paris 10.

political», which deals with the manner whereby internal social forces attempt to obtain consensus and legitimacy from the citizens, and *geopolitics*, which treats of conflict between states, almost always with military logics, for territorial rule. In the case of geography of politics, space may represent a grid to «read» the political function. This is not intended to add a supplementary «factor» to those already identified by statistical approaches, but to «strip down» the logics of the political processes. Thus political representation and exercise of power—two spheres commonly separated—can be connected. In this way, one will, at last, be able to compare political spaces to other social spaces and to appraise the contribution of the political to the movement of societies.

Mientras que la geografía clásica francesa, a pesar de algunas brillantes vacilaciones, se resistía a la consideración de los hechos políticos (GUILLOREL, 1984; CHEVALIER, 1985), los investigadores anglosajones asimilaban poco a poco la geografía política alemana. Gracias a los debates llevados a cabo en los años 30, especialmente en el seno de la Asociación de Geógrafos Americanos, y a las aportaciones moderadoras de Richard Hartshorne (1935), apareció un ámbito de estudio concebido como intersección del territorio y del Estado. En éste encontramos la mayoría de los temas ratzelianos considerados en lo sucesivo dentro de una perspectiva teórica más flexible y en un marco ideológico menos limitador. Nace entonces toda una generación de manuales constituidos por una suma de capítulos independientes sobre la forma y las fronteras del Estado, la población y los recursos, la guerra y las relaciones internacionales. El concepto de «*raison d'être*» (en francés en los textos originales) de un Estado permite evitar el análisis de los conflictos *en el interior de los Estados*: la existencia de un Estado es casi percibida como el resultado de una predeterminación, del desarrollo de una idea de Estado, llevada a término definitivamente en un momento dado y que señala el fin de la historia. Las casualidades son menos acusadamente naturalistas que en Ratzel, pero, en cambio, la filiación hegeliana de derecha es tan clara como en los autores alemanes.

La definición por medio del Estado—es decir, de todo lo que concierne al Estado—tiene, por otra parte, el inconveniente de centrarse en un objeto *casi material*, cuyas funciones son múltiples y complejas, más que en una problemática. El empirismo de la geografía política americana de 1930 a 1980 consis-

te en privilegiar *una cosa* más que unas *relaciones entre* cosas tales como el poder, la representación, el conflicto, etc. La polisemia de la palabra *político* en francés (como creo, en español) es un inconveniente porque engloba bajo el mismo vocablo cinco o seis nociones diferentes. De ahí el legítimo recurso o neologismo: «policía» (*politie*) o «gobierna» (*gouverne*), por ejemplo (BERGERON, 1977). Frente a una geografía francesa que pretendía ser ante y contra todo «apolítica», la reivindicación del «Todo es político» tuvo sin duda unas consecuencias beneficiosas, pero tuvo también el inconveniente de limitar las nuevas preguntas sobre el problema, bastante limitado, del compromiso personal del investigador.

Soberanía, legitimidad: geopolítica, geografía de lo político

Para una mayor claridad, creo que es particularmente útil distinguir dos funciones referidas al ámbito político: la *soberanía* nacional y la *legitimidad* «societal».

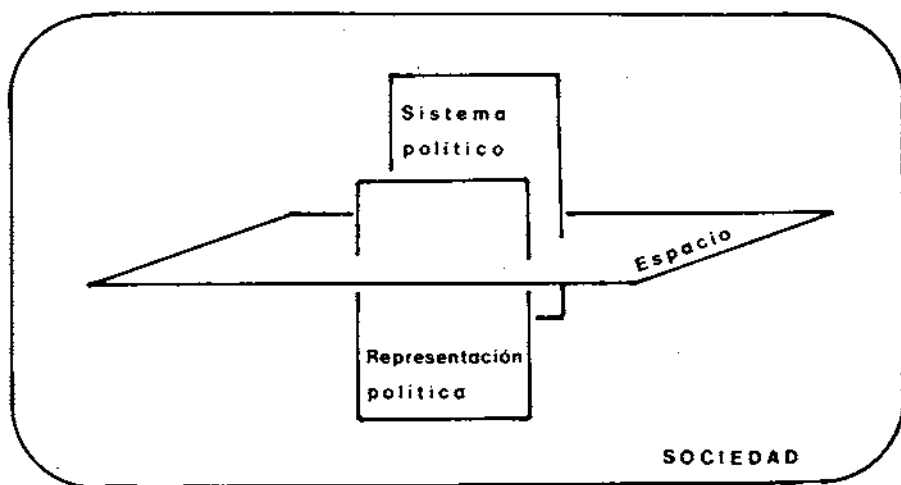
La problemática de la soberanía considera a la sociedad como un todo, como una unidad de base que interactúa con otras para definir unas relaciones internacionales. Todo lo que está en juego se va definiendo a lo largo de la historia de estas relaciones; los Estados pueden tener diferentes estrategias, en las cuales, hasta ahora, los procesos de dominación y de resistencia a la dominación han jugado un papel esencial. La actuación de un Estado, real o virtual, es regulada desde el exterior por las relaciones de fuerza internacionales estructuradas a distintas escalas. No se trata, por eso, de una «sociedad mundial» que sólo existe en forma de esbozo, sin un ejército, sin unas solidaridades económicas reconocidas, con una «opinión pública» demasiado sesgada por las situaciones nacionales particulares, con unas instituciones supranacionales poco eficaces, dominadas por un solo Estado o simplemente interestatales. La dimensión espacial de estos procesos, que podríamos denominar *geopolítica*, se encuentra pues organizada alrededor del concepto de «control», militar o no, ya que la actuación política internacional tiene un objeto, la mayoría de las veces, intentar poner bajo control la mayor parte posible de la vida social del mundo. Los problemas que se plantean una vez integrados estos territorios son de otro tipo, básicamente los de gestión de las contradicciones internas de una sociedad. Se observará además que la guerra pocas veces queda excluida de las relaciones entre Estados; salvo algunos casos de alianzas estables, una acción militar representa todavía un horizonte fundamental, incluso si los conflictos no se llevan hasta sus últimas consecuencias. Por esto, el *espacio de las armas* –espacio tecnológico, espacio percibido por

los diferentes actores— juega un papel estructurante en geopolítica. Así se ha podido observar hace años, con ocasión del debate sobre los euromisiles (POIRIER, 1984). En general, la *relación militar con el espacio*—basada en la búsqueda de un control territorial continuo y lo más exhaustivo posible por parte del Estado para facilitar las otras actividades sociales y sus espacialidades propias— se encuentra siempre presente en la forma en que un Estado define su estrategia frente a otros Estados.

En el caso de la legitimidad societal, el objetivo de los actores consiste en transformar los *conflictos* que resultan de las otras dimensiones de la sociedad—económica (riqueza), sociológica (relaciones sociales), geográfica (espacio), histórica (temporalidad) y psicológica (individuos)— de acuerdo con los *finés* que se promueven. Se trata de transformar la *oposición* en «*disenso*», y éste en consenso. La unidad no es aquí un presupuesto sino un objetivo, nunca realizado totalmente. Son posibles varias hipótesis, ya que lo que está en juego es la eventual sustitución de una legitimidad por otra, ya sea inducida por los que intervienen de forma reconocida en la escena política o por cualquier otro actor que ofrezca una alternativa de legitimidad societal, que afirme que su gestión del consenso-disenso producido por la puesta en práctica de sus objetivos se traducirá finalmente por un refuerzo en la unidad de la sociedad.

Por otra parte, esta función experimenta una *regulación interna* a la propia sociedad a que concierne. Es evidente en los sistemas de «democracia representativa», que a pesar de sus límites (GAXIE, 1978), erigen al menos a una parte importante de la sociedad civil como árbitro de juego político. Numerosos ejemplos muestran igualmente que procesos similares se producen en sistemas dictatoriales con fachada democrática (Nicaragua 79, Filipinas 86) o sin ella (Irán 79, Argentina 83, Haití 86). Lo que es determinante, a fin de cuentas, no es el poder de las armas, sino la capacidad de asegurar una hegemonía indiscutible en la representación política; si ésta es aplastante, antes o después abordará los instrumentos de represión más brutales y seguros. Se puede, pues, invertir la propuesta weberiana clásica según la cual el «monopolio de la violencia legítima» sería el núcleo irrenunciable de todo poder estatal por más que se adornara de unas instituciones y buenas palabras. Podemos plantearnos, con Gramsci, si la gestión de la violencia legítima es un atributo —y no una condición— de la construcción hegemónica. Añadamos que su uso abre las puertas a una situación límite y, si no conduce a la conquista de los espíritus—es decir, a una nueva legitimidad—, se vuelve a la larga, y a veces rápidamente, contra sus propios autores.

En una sociedad democrática representativa, la función política se presenta, pues, bajo la forma de un *sistema político*, que proporciona la oferta, y de *representación política*, que representa la demanda (véase gráfico 1). La metá-



fora del *mercado* es interesante en la medida en la que sugiere, en primer lugar, una interdependencia entre los dos polos: esto permite rechazar como insuficientemente dialectizadas dos tipos de posturas:

- a) Las que presentan el juego político como simple resultado de las libres opiniones emanadas del libre albedrío de ciudadanos libres.
- b) Las que representarían a la política como un simple juego entre manipuladores y manipulados.

La primera postura ha retrocedido mucho gracias a la intrusión de la sociología en una ciencia política un poco adormilada. La segunda, igualmente, está retrocediendo aunque aparezca, bajo una forma atenuada, en los trabajos de los marxistas británicos (TAYLOR, 1984). Otro interés de la metáfora del mercado reside en la idea de una regulación «automática»: hay forzosamente adecuación entre la oferta y la demanda (incluso si esto debe traducirse en graves conflictos) y, como ocurrió en Alemania Federal con los Verdes, una fuerte modificación de la demanda puede modificar rápidamente el panorama de los partidos e incluso el del poder. Ello no significa –y aquí es pertinente la analogía– que los agentes presentes en este mercado se encuentren en igualdad de condiciones entre ellos; pueden darse, pues, distintos tipos de mercados políticos «protegidos» o en situación de monopolio. Lo esencial es identificar las fuerzas externas a la función política, pero internas a la sociedad, que determinan el funcionamiento del mercado.

La lucha por la soberanía y la búsqueda de la legitimidad son fundamentalmente diferentes, ya sea por los objetivos, por los medios o por los procesos. Todos ellos tienden a interesarse por el conjunto de los fenómenos políticos, pero no de forma exhaustiva. Así, el debilitamiento de la unidad interna de la isla de Granada, resultado de enfrentamiento en las esferas diferentes, hizo posible la invasión estadounidense. En sentido inverso, la forma en que las fuerzas sociales internas trataron las cuestiones de la guerra y la paz tuvo como resultado modificar el panorama político de Alemania Federal y, más recientemente, de España, con ocasión del referéndum sobre la OTAN.

EL ESPACIO, MATRIZ DE LECTURA

Definiría, pues, a la *geografía de lo político* como el estudio de la dimensión espacial de los fenómenos de legitimidad «societal». ¿De qué manera la perspectiva espacial puede aportar aquí algo específico? Esencialmente me parece, si la desarrollamos no sólo como elemento suplementario de un razonamiento «factorial», sino como una verdadera *matriz de lectura* de la función política (LEVY, 1969a). Los politicólogos redescubren actualmente el espacio como una variable pertinente para explicar el comportamiento electoral; lo añaden a su arsenal, ya muy provisto de «factores explicativos»: categoría socioprofesional, edad, sexo, religión, patrimonio, etc. Que el espacio demuestra su fuerza en ese tipo de test es indiscutible. Esto no significa que sea necesario quedarnos aquí. Aquí: es decir, a un nivel empírico de producción de indicadores, de síntomas de un problema que únicamente unos modelos explicativos podrán poner de manifiesto. Pasar al nivel conceptual supone comprender la lógica interna de los procesos. Cuando nos interesamos, por ejemplo, por el comportamiento político, es necesario, en un momento dado, intentar *unificar* la forma de representación política de un individuo, porque éste no hace varias elecciones en función de distintas adhesiones, sino una sola, arbitrada por una funcionalidad sistemática. Esto es cierto respecto a todas las aproximaciones de lo político: quien quiera comprender, explicar y, en la medida de lo posible, preveer, debe ir más allá del *cómo* y averiguar el *porqué*. Si no sabemos *por qué* los católicos practicantes votan a las derechas y los ateos a las izquierdas, seremos incapaces de anticipar los cambios de actitud y menos aún de modificarlos.

El espacio puede aclararnos si éste constituye una manera de comprender cómo la sociedad en su totalidad, con sus dimensiones y sus lógicas, genera su dimensión política; es, pues, el carácter «societal» de la espacialidad lo que será necesario movilizar –y no sólo la proyección espacial de los fenómenos no

espaciales-. De ahí la necesidad de proceder a un doble nivel: en primer lugar, abarcando el conjunto de espacios de lo político, los de representación y los de poder, las divisiones administrativas así como las áreas de influencia, la espacialidad de los discursos así como las de prácticas. A este nivel, el análisis de los partidos es particularmente estimulante, porque éstos se sitúan a caballo del sistema político y de la representación política. Ahora bien, podemos constatar que los indicadores de su especialidad son particularmente complejos, refractarios a unos modelos demasiado simples que los archivarían rápidamente. Como lo ilustra el caso de la oposición interna en el Partido Comunista Francés, que estoy estudiando actualmente, es, en definitiva, el *mapa de la relación partidol/sociedad* lo que lo mostraría de forma más clara.

Esto implica un segundo nivel, consistente en comparar los espacios de lo político con los de otras dimensiones de la sociedad e incluso con construcciones sintéticas que resuman la espacialidad «societal». Es en la concordancia o en los desajustes entre estas dos grandes categorías de mapas donde se encuentran las claves de la explicación del espacio político. Así, por ejemplo, he formulado la hipótesis según la cual (LEVY, 1984, 1986b), para comprender la evolución del voto en París, podría ser útil referirse a una *identidad urbana central* que sitúa la vida política parisiense en un conjunto de proximidades, en un sistema de medida de las distancias que, por otra parte, organiza las oposiciones París/extrarradio, París/provincias, París/grandes ciudades mundiales. Los geógrafos pueden así intentar construir las *métricas* propias de lo político y compararlas a las de otras dimensiones de la sociedad; contribuirán a poner de manifiesto los mecanismos de funcionamiento según los cuales cada acontecimiento constituye un «hecho salarial total», utilizando la expresión de Marcel Mauss.

Parece, pues, que la geografía de lo político tiene ante ella un futuro muy prometedor, por poco que se dote con los medios teóricos para explorarlo.

BIBLIOGRAFÍA

- BERGERON, Gérard (1977), *La gouverne politique*, París, La Haya, Québec, Pul.
CHEVALLIER, Michel (1985), «Problèmes de la géographie électorale française», *Revue Géographique de l'Est* 1/1985, pp. 93-118.
GAXIE, Daniel (1978), *Le cens caché*, París, Seuil.

- GUILLOREL, Hervé (1984), «La géographie électorale des géographes», Comunicación al Segundo Congreso de la «Association Française de Science Politique», Grenoble, enero 1984.
- HARTSHORNE, Richard (1935), «Recent Developments in Political Geography», *The American Political Science Review*, XXIX, pp. 785-804 y 943-966.
- LÉVY, Jacques (1986a), «Espace et politique: quelles rencontres?», en *Espace, jeux et enjeux, Nouvelle Encyclopédie des Sciences et des Techniques*, París, Fayard/Fondation Diderot, pp. 251-268.
- (1986), «Le politique dans l'espace parisien; la gauche et ses soutiens à l'élection régionale de 1986», (comunicación al coloquio *Les premières élections régionales*, París, mayo 1986, *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, 9/1986, pp. 91-107.
- POIRIER, Lucien (1984), «Le stratège et l'espace: une approche militaire», *Espaces-Temps* 26-27-28/1984, pp. 103-112.
- TAYLOR, Peter J. (1984), «Accumulation, legitimation and the electoral geographies within liberal democracies», en P. Taylor and J. House (eds.), *Political Geography, Recent Advances and Future Directions*, Londres, Croom Helm, pp. 117-132.